

La naturaleza americana

Por Germán SOMOLINOS D'ARDOIS

*Para Lewis Hanke,
lascasista de pro
y mejor amigo.*

Si tuviéramos que expresar con una sola palabra, con una sola frase, la reacción de los españoles ante la naturaleza americana, sólo podríamos decir que sintieron asombro, pasmo, incredulidad, ante lo que sus ojos contemplaban.

Mucho antes de saber que acababan de apoderarse de un continente, antes de conocer lo que habían descubierto, de establecer contacto con los nuevos hombres que aquí habitaban, y de poder definir la realidad de su hazaña, sintieron el choque violento producido al encuentro con una nueva Naturaleza, con un nuevo cielo y una nueva tierra que no eran en nada similares a los que acababan de dejar en la otra orilla de aquel *mare tenebrosus* recién surcado.

Un azar hizo que los primeros barcos llegados de España arribasen en tierras tropicales; en islas exuberantes de clima cálido y vegetación profusa. Los atónitos ojos de aquellos hombres recién llegados no podían entender cómo en noviembre, en diciembre, cuando las tierras de Europa se cubren de nieve y los vientos fríos cruzan campos y ciudades para aterir a sus habitantes; aquí, en América —para los europeos. América es una unidad indivisible a la que siempre, durante siglos, se han referido en conjunto—, se podía andar desnudo bajo árboles, también nuevos, que ofrecían sus mejores frutos y sus más tupidos follajes.

Este primer concepto de la naturaleza americana, pródiga, rica, opulenta en nuevos y raros frutos y flores; con seres maravillosos de una fauna, mitad real y mitad fantástica, desarrollada en la cálida temperatura de un clima tropical; donde nunca hace frío y donde todo se encuentra al alcance de la mano, fue, durante siglos —y todavía se admite en buena proporción— la idea que se tuvo en Europa de lo que era la naturaleza de América.

Dijimos que fue una casualidad la que hizo plasmar esta imagen en las mentes de los hombres europeos. Si las carabelas de Colón hubiesen tocado tierra en el norte, en las costas de Boston o más al sur de la desembocadura del Río de la Plata, la imagen americana hubiera sido muy diferente. Es cierto que en poco tiempo se recorrió toda la costa del Nuevo Mundo, que apenas habían pasado treinta años cuando Elcano volvía victorioso de su viaje. Sin embargo, ninguno de estos relatos posteriores, donde la imagen americana disenta bastante de la primera impresión, fueron suficientes para borrar la idea popular, y todavía admitida, de una América pródiga, dulce y tropical.

Fueron los marineros, los navegantes audaces, quienes primero relataron las maravillas americanas en Europa. Su fantasía creó seres y plantas, montes y ríos, valles y lagos en los cuales la fantástica realidad era superada por una más fantástica imaginación. Así nacieron los mitos de América. Los seres irreales, dibujados "con toda fidelidad" en las obras de Sebastián Münster y de otros contemporáneos. Allí vemos hombres sin cabeza que tienen ojos, nariz y boca en el tórax, *monópodos* que caminan rotando sobre su inmenso pie, mayor que todo el resto del cuerpo, animales antropomorfos, seres con dos cabezas, hermafroditas, ciclopes y otros muchos más productos de aquellas mentes en las que la herencia medieval estaba todavía en conflicto con las realidades renacentistas. Mentes incapaces de aislar los nuevos hechos de las viejas concepciones y en las que un deseo de notoriedad hacía desbocar y perder la ecuanimidad del relato.

De la misma manera se crearon los cerros de oro, aquellas montañas cuyo resplandor atrajo tantas y tantas expediciones que siempre volvían con la seguridad de haber llegado a una inminente proximidad, y cuyos relatos eran acicate para emprender una nueva exploración. Y brotaron en la imaginación, que no en las rocas, aquellas fuentes de la eterna juventud que hacían envejecer a sus buscadores ocultándose ante sus ojos cuando ya estaban a punto de conseguir en ellas el baño milagroso.

Pero realmente, si estas fuentes, esos "potosis" o aquellos seres sobrenaturales fueron creados por la imaginación y la vanidad, lo cierto es que existían otras auténticas maravillas en América, visibles y palpables, que llegaban a Europa envuel-

tas en redes de misterio y aureolas de excelencia. Nunca país alguno recibió donativo de cosas naturales, tan rico y eficaz, como el presente que América envió a Europa en pago de su conquista. La monótona alimentación que desde tiempo de los sumerios estaba limitada a carnes de todas clases, verduras escasas, frutas pobres, ocasionales, y escasos condimentos, pudo disponer desde ese momento de una enorme variedad de nuevos elementos, cuya lista sería muy larga, pero donde encontramos productos como el jitomate, el frijol, las calabazas, los chiles, la papa, el cacao y el maíz, frutos como el aguacate, la piña, los zapotes, la chirimoya, el nopal, condimentos como la vainilla y si nos ocupamos de las plantas medicamentosas, entonces la lista sería inacabable.

Algunos de estos medicamentos fueron la llave que abrió el mayor interés por los productos naturales de América. Cualquiera que haya estudiado ligeramente la medicina de esos años, encontrará cómo dos plantas americanas dominan la terapéutica de entonces por encima de todos los "simples" tradicionales. Una, la zarzaparrilla, llegó a tener tal importancia que el propio Hernández escribía a su rey: "el encuentro de esta planta compensa todos los gastos y fatigas de la conquista". La otra, el palo santo o guayaco, fue mucho tiempo medicina única para aquella plaga de bubas, cuyo origen aún discutimos, pero cuya realidad fue la invasión uniforme, cruel, sin fronteras ni distinguos de todas las clases sociales, de Europa. El palo santo hizo más por el conocimiento de América que muchos relatos de viajeros y exploradores. Tuvo puesto de honor en los escritos médicos y entró en la literatura universal de la mano de un sacerdote agradecido, que al confesar sus culpas, ofrece también un homenaje desinteresado y cordial a los productos naturales de América.

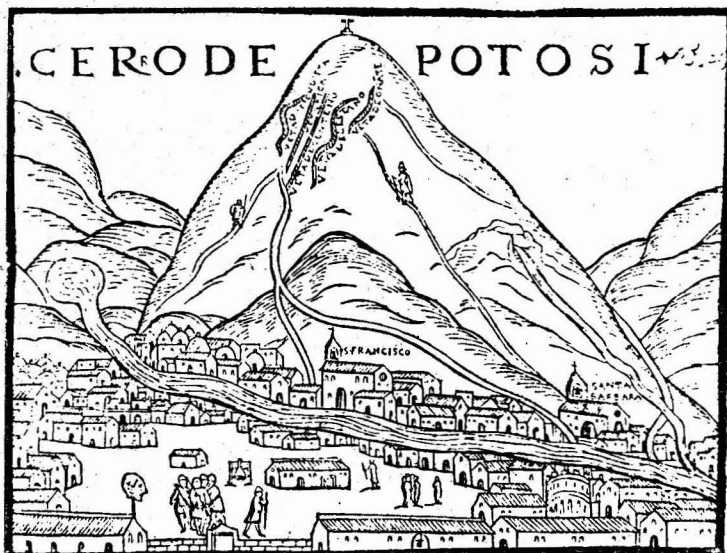
Francisco Delicado, el cura cortesano que pintó a las cortesanas de Roma en su notable *Retrato de la Lozana Andaluza* cuenta también, con el mismo detalle y la misma donosura, cómo tuvo necesidad del palo santo para liberarse del mal. Su libro: *Modo de usar el palo de las Indias Occidentales, salutífero re-*



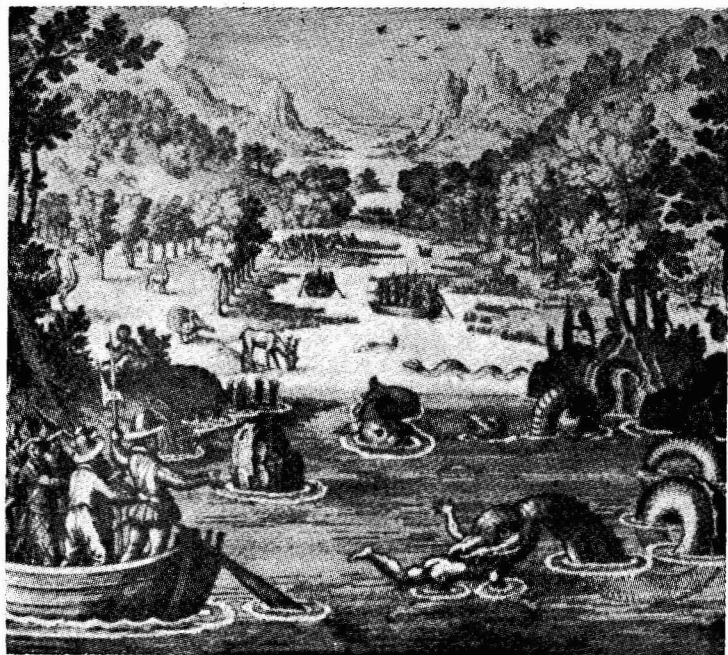
"...acicate para emprender una nueva exploración..."



"...seres sobrenaturales creados por la imaginación..."



"...insensibles a la belleza natural..."



El Paraiso americano según los exploradores alemanes



El puerto de Sevilla

medio de toda peste y mal incurable (Venecia, 1529), rodó por cortes y burdeles llevando alguna esperanza, muy pequeña pero la única, para los atacados del mal serpentina.

Pronto intervinieron los técnicos. Colón en su primer viaje había llamado ya la atención hacia la naturaleza de América. Conocida es la frase en la cual se refiere a las "muchas yerbas y muchos árboles que valen mucho en España para tinturas y para medicinas y especiería, mas yo no los conozco, de que llevo gran pena". Siente desde ese momento la necesidad de estudiar, y advierte a sus reyes "placerá a Dios que vuestras Altezas envíen acá o vernan hombres doctos y verán después la verdad de todo". Y los hombres doctos atravesaron el mar para inventariar y conocer tantas maravillas. En el segundo viaje colombino embarca Diego Álvarez Chanca; no es un médico aventurero como otros que más tarde encontramos deambulando por América. Chanca, médico de la corte, estaba encargado de conservar la salud de la princesa Juana. Difícil empeño donde no pudo evitar que su paciente pasara a la historia como "Juana la Loca". Tal vez huyendo de este menester o para relevarlo del fracaso, recibió la orden real de embarcarse con el título de "físico de la armada y escribano de Indias". En el desempeño de su misión redactó una *Carta*, dirigida a la Ciudad de Sevilla; su tierra, donde por primera vez se habla de los productos naturales de las Indias y se relatan las costumbres observadas entre los habitantes de la isla de Santo Domingo.

Y fue en Sevilla donde América estableció su primera sucursal de productos naturales. En las orillas del Guadalquivir, apretujados a la llegada de cada barco de América, se reunían hombres de todas clases, curiosos, comerciantes, sabios y legos, todos atraídos por la variedad y novedad de las cosas que salían de aquellas bodegas convertidas, como por arte de encantamiento, en modernas cajas de Pandora. Allí estuvo Hernández, el protomédico que, más tarde, vendría a inventariar la naturaleza americana; a su lado, Juan Frago, autor de un libro sobre cosas extraordinarias de las Indias; junto a ellos, Monardes, el más perspicaz o el más "abusado" de los espectadores sevillanos; y con seguridad el joven Las Casas que soñaba con el otro lado del mar.

Mientras Hernández gestiona de su rey el envío a México para adentrarse en esa naturaleza que tanto le atraía, Monardes, andaluz sedentario, organiza una pequeña América en Sevilla. Compra en los galeones semillas y plantas, las siembra en el jardín de su casa y desde allí, sin moverse, sin molestarse en sufrir "los calores ardientes, ni los fríos intensos" que más tarde nos describe el protomédico, se dedica al cambalecho de productos con los naturalistas de toda Europa. Le vende semillas a L'Escluse, se cartea con Fusch y Mathiolo y culmina su labor en la redacción de un libro sobre "todas las cosas que traen de nuestras Indias occidentales que sirven al uso de la medicina", que rápidamente difunde por toda Europa, en varias ediciones y traslados, la maravilla y la utilidad de los productos de América.

Pero no fueron sólo los médicos y los navegantes los maravillados con América y su Historia Natural. Casi ningún hombre medianamente culto pudo escapar al encantamiento que estas nuevas tierras producían en su alma. Así vemos cómo cronistas, misioneros, funcionarios civiles e incluso algunos capitanes, que por sus hazañas podríamos pensar insensibles a la belleza natural, cuando toman la pluma para relatar sus proezas o sus viajes, nunca olvidan el detalle natural, el árbol notable, las flores atractivas o el animal extraordinario. Hace pocos años en un congreso histórico celebrado en España se presentó un estudio tratando de demostrar que el hombre no había sabido ver el paisaje que le rodeaba hasta el siglo XVI. No tengo a mano la extensa documentación que para demostrar esta observación allí se utilizaba, pero creo, que si ese hecho es auténtico y se produce efectivamente en ese momento, debemos relacionarlo, principalmente, con el descubrimiento de América y la tremenda impresión que el paisaje y la naturaleza americana produjeron en los hombres que cruzaron el mar.

No cabe la posibilidad de intentar ni un somero inventario de estos primeros escritores impresionados por la naturaleza americana. Tendríamos que encabezar la lista con el propio Colón y detrás vendrían nombres como Fernández de Oviedo, Cieza de León, Acosta, Sahagún, el propio Hernán Cortés y Bernal Díaz, Gumilla, Francisco Hernández y la enorme legión de frailes misioneros y cronistas que durante el siglo XVI escriben sus impresiones y experiencias en un nuevo mundo que, además de inesperado, resultó extraordinario.

Este fue el escenario natural donde el padre Las Casas aprendió, vio y luchó durante más de cincuenta años. Casi creemos que en la venida de Las Casas a América, influyó

mucho esta imagen de Arcadia feliz y maravillosa. El joven Bartolomé la había recibido muy joven y en su propia casa. Fue, con seguridad, el padre acompañante de Colón, quien primero relató a sus atónitos hijos escenas extraordinarias de estas islas. En veladas familiares había descrito cómo Rodrigo de Xerez y Luis de Torres, vieron a unos indígenas encender, con un tizón en la mano, ciertas hojas secas metidas en otra hoja también seca, mientras chupaban o sorbían el humo, por el otro extremo. Eran los descubridores del tabaco, planta que, de medicina generalizada, pasó a convertirse en hábito y negocio universal. Habló de los árboles enormes y variados, de los peces de diversas formas y finos colores, de las iguanas, feroces en aspecto y succulentas en el plato. De los amplísimos puertos, de los campos, montes y collados todos bellísimos y apacibles. Casi todos los historiadores nos cuentan cómo el futuro obispo al salir de España venía en el barco alegre, esperanzado, "como el que va a descubrir maravillas"; su cambio y la misión de su vida fueron consecuencia de la acción de los hombres sobre esa misma naturaleza que él venía a admirar. Sobre la tierra, se

Pero me salió del tema. ¡Qué difícil es hablar de Las Casas sin enrolarse en pro o en contra! Quería haber visto al obispo en su medio, en la tierra de América cuya belleza y bondad sentía como suya, rodeado de aquellas maravillas que vino a buscar y que sólo encontró a medias, amargado por el espectáculo de su destrucción en el elemento que, para él, era más importante. Yo creo que Las Casas fue en el fondo un utopista mal orientado. No quiso como Zumárraga, o como el mismo Vasco de Quiroga, hacer un ensayo utópico parcial. No le bastaron los recintos limitados, los ensayos tímidos de una utopía social cumplida sólo de puertas adentro, en aquellas repúblicas de Santa Fe, donde todo era comunal en derredor de una fundación hospitalaria y religiosa. Las Casas quería una utopía americana total, conquistadores dulces, encomenderos paternales, indios buenos. Todos ellos dirigidos, en el seno de una cristiandad recta e inmaculada, por una Corona española pendiente de sus súbditos y lista para socorrerlos y ampararlos. Olvidaba la condición humana. Olvidó, o mejor dicho, tuvo que tener siempre delante, los defectos capitales del hombre, la



"como el que va a descubrir maravillas"

apercibió de cómo los mismos descubridores de aquellas maravillas se habían convertido en destructores de su propio descubrimiento, cómo estaban acabando con el indígena de América que, en su sencillez, ingenuidad e ignorancia, era tal vez una de las mejores maravillas de estas tierras. Materia plástica donde modelar una nueva fe y ensayar nuevas formas de vida. Por eso José Martí, hablando del cambio sufrido por Las Casas, en América, nos dice: "La tierra era hermosa, y se vivía como en una flor, pero aquellos conquistadores asesinos debían venir del infierno y no de España."

Como todo hombre movido por la pasión, Las Casas sobrepasó su propio intento, exageró, alteró la verdad. vio con lentes de aumento detalles que podrían ser nimios. Y sin embargo tenía razón. La extraordinaria gesta conquistadora tuvo su reverso en la codicia del conquistador, motor de usurpaciones y crueldades, que puso una mancha trágica sobre el verde esplendor de los campos de América. Pero no nos asombremos tampoco por ello. Si en aquellos años, esta actitud conquistadora —que por otro lado quedó ampliamente compensada en obras de amor y cultura— hizo saltar al combativo obispo, de entonces a hoy tenemos una larga e ininterrumpida serie de ejemplos muy similares donde hombres, de otras razas y de otros pueblos, conquistan y destruyen con la misma saña al pueblo dominado. Ya otros Las Casas han elevado de nuevo su voz para protestar sin que sus palabras tuvieran mayor resonancia que la del obispo de Chiapa, capaz todavía, cuatro siglos después, de tronar contra sus enemigos, de levantar polémicas y suscitar discusiones.



Imágenes de la isla Española

codicia, el ansia de poder, la crueldad. Factores que era necesario evitar para que la utopía de su pensamiento llegara a realizarse. Por eso, chocó con el encomendero, chocó con las autoridades, desconfió hasta de la rectitud con que obraban los jefes religiosos y los reyes que debían haberle sostenido en su lucha. Estuvo toda su vida solo frente a todos, mantenía su propia verdad frente a otras realidades que nunca admitió y que se negaba a reconocer. Por eso nunca logró su utopía, que quedó viva sólo en sus libros, en aquel extraordinario tratado: *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, cuerpo de doctrina teológica y psicológica que, si en la práctica fracasó, sobre la agreste Tierra de Guerra, no fue por la teoría sino por las envidias y la falta de apoyo de los que debieron ayudarlo.

América, las islas y la tierra firme del Mar Océano, donde su epopeya se perpetuó por más de medio siglo, quedaron para siempre grabadas en sus pupilas. Ya muy anciano, pero aún activo y firme, siguió acudiendo, como lo hizo de niño, a las orillas del Guadalquivir para recibir y enviar noticias de esa tierra que tanto amó y en la que dejaría una huella permanente. Si hoy se le rinde homenaje, existen investigadores que han dedicado una vida a su estudio, y todavía se leen y se discuten sus obras y escritos, tenemos que buscar una razón, un motivo que explique esta persistencia en el tiempo y creo que no sería muy descabellado pensar que mucha de esta perennidad se deba a que fue el más ardiente defensor del hombre de América, que, sin ninguna duda, fue el presente más rico que la naturaleza del Nuevo Mundo ofreció a la humanidad.